

SERMON SEXAGÉSIMO NONO.

De la distribucion de las gracias á las almas en el gobierno divino.

SEÑORES,

Nosotros conocemos ya las leyes fundamentales del gobierno divino. Ahora necesitamos considerar este gobierno no de una manera puramente especulativa, sino en los hechos personales é históricos que tenemos á la vista, á fin de juzgar si las realidades responden á los principios, los fenómenos á las leyes. Considerado así, el gobierno divino se presenta bajo un doble aspecto, ó rigiendo las almas cada una de por sí, ó rigiendo la humanidad en su conjunto. Hoy nos ocuparemos del primer punto.

Apénas se echa una ojeada sobre las almas en sus relaciones con el gobierno de la Providencia, se descubren fácilmente dos órdenes de fenómenos; el fenómeno de la desigualdad en la distribucion de los dones divinos, y el fenómeno del progreso en el uso de estos dones. Desigualdad, progreso, hé aquí el espectáculo permanente que ofrecen las almas al ojo escudriñador del filósofo y del teólogo. Nosotros debemos buscar las causas de esto, nosotros debemos preguntarnos de dónde viene la desigualdad en la distribucion de los dones de Dios, y de dónde viene también el progreso á que ha querido sujetarlos la mano que los distribuye.

Todo hombre nace criado á la imagen de Dios: *creavit Deus hominem ad imaginem suam* (1). Todo hombre nace redimido por la sangre de Dios: *Pro omnibus mortuus est Christus* (2). Todo hombre es llamado á la eternidad de Dios: *Speramus in Deum vivum qui est salvator omnium hominum* (3). Estas tres cosas, la imagen de Dios, la sangre de Dios, la eternidad de Dios, nos pertenecen á todos; ellas son el tesoro comun de la humanidad, pero tam-

(1) Génesis, cap. 1 vers. 27. — (2) 2ª Epístola á los corintios, cap. 5, vers. 15. — (3) 1ª Epístola á Timoteo, cap. 4, vers. 10.

bien son el tesoro personal de cada alma, el capital divino con el cual todo espíritu verifica su advenimiento á la carne. Porque, del mismo modo que nosotros somos investidos por nuestro nacimiento de cierto patrimonio que nos han adquirido nuestros abuelos, y que, bajo el nombre de capital, es el primer fundamento de nuestra vida terrestre, así también podemos llamar con este nombre el patrimonio que recibimos del cielo al nacer, y que es el primer fundamento de nuestra vida eterna. Pero este capital divino, dado á todos, no les es dado á todos en la misma proporcion. Como hay pobres y ricos en el orden natural, hay también pobres y ricos en el orden sobrenatural. Los unos vienen al mundo penetrados del soplo de arriba, con una fe tan viva, que no les cuesta ningun trabajo, y su alma parece una página del Evangelio escrita por la mano del mismo Dios. Sus sentidos, dóciles á las órdenes de la razon, no conocen las injurias de la rebeldía, ó si por acaso las conmueve un instante un viento demasiado fuerte, se forman con este trastorno pasajero una paz mas profunda, un cielo mas sereno. Sus dias son obras, sus pasos gracias. Otros, inclinados pesadamente hácia la tierra, levantan con dificultad los ojos al orden invisible, y cuando buscan su espectáculo, mas bien por acaso, que por un acto de su voluntad, solo disciernen algunas líneas mal alumbradas que despiertan sus dudas tanto como su fe. El orgullo altera en ellos todas las visiones, y el gusto del deleite los desvia de lo que aun les es permitido apereibir. Entre estos dos extremos, y en una degradacion de matices infinitos, se coloca la multitud de las almas mas ó menos abundantemente favorecidas por Dios.

Ahora bien, ¿cuál es la causa de esta prodigiosa diversidad en la distribucion de las gracias? ¿Porqué, recibiendo todos lo necesario, los unos tienen lo superfluo, los otros carecen de él? ¿Porqué este es san Pedro, aquel san Juan, y ese tercero san Pablo? ¿Es puro efecto de la eleccion divina, ó bien la cooperacion libre y diferente de las almas en todo el curso de las generaciones es el nudo que explica este misterio? Sin contradiccion, señores, la virtud personal y el encadenamiento hereditario de los méritos contribuyen á descubrir el secreto de la Providencia en la comunicacion de sus dones. Pero no bastan para explicarlo. Por una parte, ántes de toda correspondencia voluntaria del hombre, se observa en él una accion mas ó menos eficaz de la gracia divina, y por otra, esta accion no está siempre en relacion con el tesoro de obras dejado por los abuelos á su posteridad. Hasta llega á suceder que la impiedad sale de un

tronco bendecido; y la bendición de una raza de cólera, como también parece que Dios dispensa algunas veces una misericordia especial al alma que se aparta de él con mas ingratitud y obstinacion. Y aun cuando estos casos no sean la regla general, existen no obstante, aunque no fuera mas que para detener nuestro espíritu en frente de los juicios de Dios y no permitirnos una apreciacion fácil de sus causas.

¿Qué dirémos pues? Recurrirémos á esta ley fundamental que hemos escrito á la cabeza de la legislacion providencial: *Dios es libre y todos sus dones son gratuitos*. Es cierto, señores, y vosotros habeis visto la demostracion, que Dios no debe nada á ninguno ántes de haberle prometido y dado, pero cuando se trata del plan general del orden sobrenatural, la libertad no excluye en la inteligencia divina una razon que la dirige, y de la cual tenemos derecho á buscar los motivos. Dios podia fijarse en uno ú otro de estos planes; ó dispensar á todos una gracia igual, que no se hubiera acrecentado sino en proporcion del mérito y demérito de cada uno, ó bien, dejando á los esfuerzos personales una influencia en el curso ulterior de la gracia, distribuir en el principio una parte desigual á los espíritus creados. Dios ha escogido el segundo plan, y nosotros nos preguntamos porqué. Nosotros nos preguntamos porqué, porque nos es imposible suponer que Dios haya escogido esto al acaso, sin darse cuenta á sí mismo de su predileccion, y si se le ha dado, nos es permitido, con el respeto de una inteligencia limitada hácia la inteligencia suprema, interrogar el misterio de una voluntad que nos toca tan de cerca.

Ahora bien, un plan cualquiera es un orden, y el orden contiene cuatro elementos que voy á decir. El primero, la multiplicidad. En efecto, el orden es un encadenamiento de relaciones dispuestas con armonía, y las relaciones suponen que hay varios, es decir, la multiplicidad. Y cuanto mas vasto, extenso y profundo es el orden, mas entra en él y se aumenta la multiplicidad, pero con un elemento segundo que es la similitud. Porque solo los entes semejantes son capaces de ligarse entre sí por medio de relaciones. A lo cual es menester agregar la variedad, sin la cual, la similitud, en vez de producir la armonía, solo engendraría un tegido frio y monotonó, incapaz de dar á la vista del espíritu como á la vista del cuerpo la satisfacion que nace de la belleza. Elegid en la naturaleza la mas hermosa de las cosas criadas, el cedro ó la rosa, el leon ó el hombre, y reducid el universo á esta cosa única, indefinidamente multiplicada, sin que aparezca en ninguna de sus facciones la mas ligera modificacion: yo os lo pregunto, ¿qué vendrá á ser de la belleza y

por consiguiente del orden del universo? Ni siquiera hallaréis la extension, y se podría decir que la multiplicidad se perdía en la multitud insignificante causada por una repeticion idéntica. Una vez visto un cedro ó una rosa, lo habriais visto todo, y aun subsistiendo la inmensidad de la naturaleza, no seria mas que un punto oscuro é imperceptible. Pero la variedad en la similitud y la multiplicidad no perfeccionan todavía la nocion del orden: le falta la faccion suprema, que es la unidad. Es preciso que todos los seres que forman el conjunto, á cualquiera distancia que estén los unos de los otros, y á pesar de la oposicion de su figura y de su movimiento, se concentren en una sola vida abarcada con una sola ojeada. Es preciso que el múltiple sea uno, que el múltiple sea semejante y diverso, semejante para tender á la unidad, diverso para tender á ella aun mejor; porque la unidad es la penetracion recíproca de los seres, y los seres se penetran á la vez por su similitud y su diversidad. « Niégame alguna cosa, á fin de que seamos dos, » decía un antiguo á un amigo demasiado complaciente. « Concédeme alguna cosa, á fin de que seamos uno, » hubiera podido responder el interlocutor.

Tal es pues el orden: multiplicidad, similitud, variedad, unidad. ¿Qué deducirémos de esto? me preguntaréis. ¡Ah! ¡qué deduciremos! Vais á verlo. La multiplicidad es por su naturaleza indiferente á la igualdad ó á la desigualdad; tan perfectamente subsiste con seres iguales, como con seres desiguales. La similitud, por el contrario, llama á la desigualdad; porque ella es mas sensible, cuando intervienen ciertos matices entre los objetos para distinguirlos. Pero admitiendo que seres semejantes no perdiesen nada del mérito de su similitud en una perfecta igualdad, no sucede lo mismo cuando se junta la nocion de sus relaciones con la de su variedad. La variedad supone el mas y el menos, lo grande y lo pequeño, lo vasto y lo reducido, el arroyo y el océano, el abismo de la nada y el abismo de la elevacion. Por mas que hiciérais con un esfuerzo de compensacion imparcial, jamás la yedra igualará á la encina que rodea con sus débiles lazos, jamás el musgo pegado al húmedo costado de la roca no igualará al pájaro brillante, cuyo nido alfombra; jamás la yerba que pisa el pastor igualará al lirio que desafiaba á la púrpura de Tiro y de Salomon. La variedad se encuentra hasta en los seres de la misma familia, y los matices que produce, sin destruir la identidad de su naturaleza, causan no obstante sensibles desigualdades en ella. ¿Qué será entre seres que, no teniendo la misma constitucion,

no pertenecen á la misma especie? Y de este modo, señores, comprendéis ya como la desigualdad forma parte de la naturaleza misma del orden; pero id hasta el extremo, considerad que la unidad, que es el carácter supremo del orden, se liga por su esencia á la idea de gerarquía, puesto que nada se concentra en el uno sino por la subordinación, y en tal caso comprenderéis la desigualdad que entra en una ordenación de cosas, sea la que quiera. De los cuatro elementos del orden, uno solo, la multiplicidad es indiferente por sí á la igualdad ó á la desigualdad; los otros tres exigen la desigualdad en una gradación creciente: la similitud un poco; la variedad mucho; la unidad mucho mas todavía. Tal es la ley.

Ahora bien, Dios, que es el orden, no puede hacer mas que orden. Sea, pues, que extienda la mano para crear mundos, ó para derramar gracias, sea que tome el tiempo ó la eternidad para órbita de sus beneficios, él distribuye la vida con número, peso y medida, nombrando á los ángeles despues de los serafines, poniendo satélites al rededor de sus soles, levantando los montes sobre las colinas, conduciendo los rios á los mares, eligiendo á uno con preferencia á otro, haciendo en fin con similitudes y diversidades innumerables un solo mundo para un solo Dios. Su derecho lo permite, su voluntad lo ordena, su poder lo ejecuta, su razon lo justifica, y el universo, expresion de todo lo que es, nos repite á la vez su derecho, su voluntad, su poder y su razon. Confesemos pues resueltamente con san Pablo que Dios ha querido la desigualdad de las gracias con un designio primero y principal, y digamos con él: *Preguntará la vasija al alfarero: ¿Porqué me has hecho de este modo (1)?* Porque toda vasija, aun aquella que ha sido dispuesta para usos innobles, pertenece al orden general de una casa, y encuentra en ella con su destino la gloria de la utilidad. En la casa de la gracia, además, todo vaso es un instrumento libre y meritorio, que tiene el tiempo para prueba, la eternidad por fin, y que puede, á fuerza de virtud, rectificar su predestinación original, y elevarse al grado mas alto del honor final.

Pero observad otro punto de vista de la desigualdad predestinada. Siendo el orden uno por la penetración recíproca de los seres que lo componen, lo que es dado á uno de ellos como dotación personal pertenece verdaderamente á todos. Si Dios enciende un astro en lo mas elevado del firmamento, es para alumbrar á los mundos; no

(1) Epístola á los Romanos, cap. 9, vers. 20.

hay mas que un sol, pero todos los ojos lo veu, y el mas oscuro planeta colocado á la extremidad del cielo recibe la luz y el calor del astro privilegiado. Lo mismo, entre nosotros, si un hombre se levanta y conduce su siglo, no ha sido sacado de entre la muchedumbre para gloria suya, sino para gloria del pueblo á quien se le ha otorgado para que cobije bajo su manto el curso fatigado é inseguro de su destino.

El instinto popular no se engaña; él saluda en el legislador que le da leyes, ó en el capitán que le da la victoria, al ministro de su salvación, y forma con la elevación de uno solo la comun y solidaria elevación de todos. ¿Qué pueblo se ha equivocado jamás? ¿Qué ostracismo no ha vuelto á traer mas tarde ó mas temprano á la patria los huesos ilustres, erigiendo en su memoria respetables monumentos? La historia de un pueblo es la de sus grandes hombres; él lo olvida todo, excepto á ellos, y recordándolos, se persuade que se acuerda bastante de sí mismo. ¡Cuánto mas cierto es esto en el orden sobrenatural, en ese orden, en que los legisladores son santos, los conquistadores apóstoles, los ciudadanos mártires, y en que la abnegación propia consuma las virtudes que se derraman sobre todos! ¿Acaso cuando san Pablo caía en Damasco bajo el rayo de su conversión, le daba Dios para él solo, con una elección egoísta, la verdad, la elocuencia y el valor? ¡Oh! no, la Escritura nos lo dice claramente, Dios lo enviaba á las naciones, Dios lo hacia testigo universal de su vida resucitada, espada centelleante de su palabra, el hombre del Judío, del Griego, del Romano, del bárbaro, y se proponía dejar caer su cabeza, despues que hubiera ella brillado en el mundo, como holocausto eternamente visible para el género humano. San Pablo era un don del cielo para la humanidad regenerada; su gracia era la gracia de todos, su predestinación la predestinación de su siglo y de los siglos venideros. Así, escuchadlo á él mismo acerca de este misterio, y os dirá con su magnífico lenguaje: *Dios da á cada uno una manifestación del espíritu para la utilidad comun; al uno la palabra de sabiduría por el espíritu, al otro la palabra de ciencia por el mismo espíritu, á aquel la gracia de fe en el mismo espíritu, á este la gracia de curación en el espíritu que es uno; despues las obras de las virtudes, el ministerio de profecía, el discernimiento de las almas, el don de las lenguas, la interpretación de los discursos: y su mismo espíritu obra todo esto, repartiéndose entre todos segun le place (1).* Y si le preguntais mas expresamente la razon os

(1) 1ª Epístola á los Corintios, cap. 12, vers. 7 y sig.

dirá: *Porque así como el cuerpo es uno con multitud de miembros, sin que esta multiplicidad de miembros impida la unidad del cuerpo, así es Cristo. Así hemos sido todos bautizados en un solo espíritu para ser un solo cuerpo, sea Judíos, sea gentiles, sea esclavos, sea libres* (1). Ya lo ois, él apela á la unidad y á la solidaridad de la Iglesia para justificar la diferencia de efusion de las gracias, y como todavía preve la queja del egoismo que se creará perjudicado en la distribucion, añade inmediatamente: *Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿dónde estaria el oído? si fuera todo oído, ¿dónde estaria el olfato?..... si no hubiera mas que un miembro, ¿dónde estaria el cuerpo? pero ahora vosotros sois muchos miembros para ser un solo cuerpo..... Y este cuerpo es el de Cristo* (2).

Los dones de Dios son personales por el sitio donde los pone, universales por la mision que deben cumplir. Y esto explica el horror que ha tenido siempre de la envidia el género humano. Los hombres estiman el orgullo; creen ver en cierta fiereza la señal de una alma que comprende su excelencia y que está preparada para defender su honor á costa de los mayores sacrificios. Yo no examino hasta que punto es justo este sentimiento; yo lo hago constar únicamente, para haceros observar que el mundo, que estima el orgullo, desprecia la envidia, á pesar de ser su hija natural. Esto consiste en que la envidia, en vez de procurar su gloria con sus propios dones, quiere elevarse en hombros del aborrecimiento y rebajando los dones de otro; movimiento injusto, egoista, estrecho, que, despojando á un hombre, tendria por término el despojo del género humano. La envidia es la conspiracion de uno solo contra la grandeza de todos, y todos lo sienten, todos conocen que aborrece la luz, porque ella no es la luz, semejante á un ciego que intentase escalar el firmamento para arrancarle el sol. ¿Con qué excusa puede cubrirse una pasion tan insensata, qué virtud puede ampararla? Ella es despreciada por todos: y este desprecio nos prueba que la desigualdad en la distribucion de los dones es una ley natural, equitativa, útil á todos, digna á la vez del hombre, del mundo y de su autor.

Sin embargo, señores, lejos estamos aun de haber explicado el misterio de la diversidad en la predestinacion de las gracias. Se concibe bien que el orden, considerado en general, exija esta diversidad, pero ¿porqué uno recibe el beneficio y el otro sufre el desfavor?

(1) 1ª Epistola á los Corintios, cap. 12, vers. 12 y 13. — (2) 1ª Epistola á los Corintios, vers. 17, 19, 20, 27.

Dios quiere la desigualdad, convengo en ello; es necesaria, ennobrecida: pero no es necesario que sea uno mas bien que otro quien se aproveche de la eleccion divina. San Juan podia, como san Pedro, ser escogido para la funcion privilegiada de Jefe la Iglesia; podia, como él, en lugar de ser sobrenombrado *hijo del rayo*, recibir el nombre de *Cefas*, y oír que le decian: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*. ¿Porqué fué el uno preferido al otro? Aquí, señores, tocamos los límites mas profundos de la teología y del destino, y nos es forzoso remontarnos hasta el origen de las cosas.

Adán era el principio y el representante único de su posteridad; él contenia en su vida la vida de todos, en su ciencia la ciencia de todos, en su inocencia y su belleza la inocencia y la belleza de todos: el género humano habia recibido en él una medida igual de bienes, y padre imparcial tanto como universal, estaba encargado de abrir el manantial á todas las generaciones por una expansion que debia seguir en todos sus grados la ley del mérito.

Como un agua que sale del mismo estanque al pié de los montes, cae por la pendiente de las tierras, y se divide en mil ramales, así el don primordial hecho á los hombres en la persona de su padre comun debia distribuirse á su raza tal como habia sido primitivamente dispensado, y no sufrir alteracion mas que por la libre actividad de sus sucesivos depositarios. Y esto era cierto respecto de los dones de la gracia, y de los dones de la naturaleza. Porque Adán era á la vez el principio de la vida natural, y de la vida sobrenatural de sus descendientes; él era hombre y sacramento todo junto: como hombre, debia trasmitir la vida humana, segun las leyes de la generacion exterior; como sacramento, debia trasmitir la vida divina, segun las leyes de una generacion mas profunda, oculta á todas las miradas. Y en uno y otro caso, Dios no intervenia mas que para proteger la libre comunicacion de este capital primitivo. Él dejaba obrar al hombre, porque el hombre era rey, pontífice, investido soberanamente con la confianza de su criador. La accion electiva de la Providencia debia aparecer en segundo término, cuando cada hombre, habiendo recibido el capital adánico en toda su integridad, hubiese agregado á este tesoro de naturaleza y de gracia el efecto de su trabajo personal y de su propia virtud. Entonces Dios hubiese elevado los unos con preferencia á los otros, segun la proporcion de sus méritos, y la gerarquía se hubiese manifestado en el mundo como un acrecentamiento de perfeccion debido al concurso del hombre y de Dios.

El pecado quebrantó este orden sublime. Adán, prevaricador, perdió en su persona el depósito de la gracia, que le había sido confiado como su tesoro y el de su raza. Dejó de ser el principio de la vida sobrenatural, y solo guardó en su entreabierto pecho la ola corrompida de la vida natural. En este estado de mutilación, nosotros no recibimos de él el capital uniforme y completo que debía ser el punto de partida de nuestra libre actividad; nosotros venimos al mundo sin la gracia, pobres y desnudos bajo este aspecto, como naufragos que abordan á una playa desconocida. Lo que nos queda de nuestro primer padre, es una naturaleza enferma, enferma en todos, y además surcada de diversidades que recoge al pasar á través de los siglos y de las generaciones. Cada uno de nuestros mil antepasados ha dejado una cicatriz buena ó mala en la sustancia de la vida hereditaria que llega hasta nosotros por mil rodeos, y víctimas de sus faltas como beneficiarios de sus méritos, nacemos mas ó menos pobres, mas ó menos faltos de buenas disposiciones, segun los troncos de que provenimos. El advenimiento del alma á la carne no cambia en nada estos accidentes de nuestro nacimiento; porque en virtud de las leyes que la unen al cuerpo, ella misma toma su fisonomía, y contrae con la mancha común del pecado original los diferentes matices que agrega la diversidad de las filiaciones. Aun más, en la doctrina de santo Tomás de Aquino, Dios imprime al alma una predisposición análoga á la del cuerpo que debe recibirla, á fin de que la armonía de su alianza sea mas perfecta, y que la similitud del hijo al padre, que pertenece á la esencia de la paternidad, obtenga una realización mas absoluta (1). Así, el hombre nace diferente del hombre en cuanto á las cualidades naturales, no por la voluntad arbitraria de Dios, sino por efecto de las leyes generales que presiden á la trasmisión de la vida, cuya fuente está mas ó menos corrompida, mas ó menos purificada por el mérito y el demérito de nuestros abuelos. Yo no quiero decir que se prohíba para siempre el intervenir en la dispensación de este orden de cualidades; pero si lo hace, es por excepción, y con algun gran designio.

Establecido esto, señores, comprendemos la distribución de las desigualdades de la naturaleza: pero no está aclarado el misterio en cuanto á la distribución de las desigualdades de la gracia. Dirémos que Dios proporciona las unas á las otras, y que así como destina un

(1) *Manifestum est enim quod quanto corpus est melius dispositum, tanto meliorem sortitur animam.* Suma, 1ª parte, cuestión 85, art. 7.

alma mas perfecta á un cuerpo mas perfecto, segun la doctrina de santo Tomás de Aquino, envía tambien una gracia mas abundante al alma mejor dotada de inteligencia, de energía y nativa belleza. Esta ha sido la idea del famoso heresiarca Pelagio y la de sus sectarios, añadiendo que el don natural trae consigo la colación del don sobrenatural por efecto de un mérito determinante. La Iglesia ha condenado á Pelagio.

En efecto, ¿cómo una cualidad humana recibida de nuestros mayores, aun invocando el principio de la solidaridad, podría tener un derecho de justicia á la eterna posesión de Dios, encerrada en germen en el don de la gracia? ¿Qué relación de proporción existe entre lo humano y lo divino, lo finito y lo infinito? ninguna. Un hombre nace: es de una sangre generosa; su inteligencia abarcará un día con facilidad todos los objetos de la especulación científica, escribirá bien, hablará con elocuencia; su corazón tendrá fuego, compasión, ternura; la virtud se abrirá en él anchas vías. Yo admiro esta magnífica dotación de un hombre; pero ¿de que sirve esto para recibir de Cristo una parte mejor? ¿Acaso Jesucristo ha muerto especialmente en el Calvario por los hijos de familia, y las gentes de talento? ¿Acaso ha reservado una gota de sangre para los privilegiados de la naturaleza? No, ha muerto para todos, en presencia de la indignidad de todos. Él ha visto al pié de su cruz al grande y al pequeño, al pobre y al rico, al poeta y al idiota, al corazón ardiente y al corazón insensible; y á todos los ha visto pecadores, á todos los ha visto condenados, á todos los ha visto sin otro derecho que á su cólera y á su abandono. Esta miseria universal es la que ha abierto sus dos brazos á derecha y á izquierda, y la que, arrancando de su pecho su vida cruel y superabundantemente derramada, le ha hecho decir á todos: ¡Bebed gratuitamente!

Si el orden primitivo, que era el orden de la inocencia, hubiera subsistido, el hombre, viniendo al mundo con la gracia, hubiera podido merecer inmediatamente, y dar lugar á una preferencia de justicia y de razón. Pero viene al mundo sin la gracia, y además con el pecado, dos veces impropio para el reino de Dios. ¿Cómo discerniría Dios en él una causa de preferencia? Y no obstante, se necesita una elección, puesto que se necesita un orden. ¿Quién lo formará? ¿Quién señalará su lugar á esos seres degradados, y distribuyéndoles con medida la vida divina, preparará con esta primera y liberal efusión la eterna armonía de la ciudad de Dios? Manifestamente, no puede ser mas que Dios.

Quando un arquitecto tiene delante de sí materiales tan impropios para los cimientos como para el coronamiento del edificio que se propone edificar, no busca el motivo de una eleccion que no se encuentra en ellos, sino que la toma en su voluntad soberana; él escoge los que le acomodan, á derecha, á izquierda, en el centro, y si le preguntais la razon que lo determina, quizá ni siquiera os comprenderá. Lo que lo determina es la necesidad de construir; y así sucede con Dios cuando edifica la celeste Jerusalem, con esta diferencia, que las piedras que él emplea son piedras vivas, piedras dotadas de accion y de libertad; que no son colocadas definitivamente hasta despues de haber aceptado su eleccion y trasformado con su concurso la forma primitiva que se les habia dado sin su consentimiento. La ciudad de Dios no se construye mas que una vez, en el cielo, pero se construye con materiales preparados en la tierra, y su preparacion final es el resultado lógico y misterioso del doble trabajo de la gracia y de la libertad. La gracia comienza, la gracia elige, la gracia preve y provee; pero la libertad acepta, confirma, invalida, extiende, destruye, y siempre inseparable del impulso divino, pone, sin embargo, su sello propio á la obra comun de la eterna edificacion.

Al decirnos, señores, que la desigualdad de las gracias, en su origen primero, depende de la voluntad de Dios, y no tiene en los dones naturales su principio y su regulador, no quiero yo decir que la naturaleza sea completamente extraña á la obra complicada de nuestra predestinacion. Muy lejos está de ser así. Porque, en primer lugar, las disposiciones innatas favorecen ó contrarian mas ó menos la influencia de la gracia, segun su grado de perfeccion moral, y resulta de esta combinacion diferentemente feliz un elemento verdadero de diversidad en el éxito de la lucha entre el alma y Dios. Hay corazones naturalmente sencillos y rectos que no procuran engañarse: el Evangelio responde á su rectitud con la suya, á su sencillez con su acento. Ellos distinguen con el gusto la verdad, y cada una de sus palabras lleva á su oido un sonido que los persuade antes de convencerlos. Se podría decir de ellos que habian nacido cristianos. Otros, mas hábiles que ingenuos, no tienen en su inteligencia nada que simpatice con la obra de Cristo; ellos piensan con desembarazo que el Evangelio es un libro bastante mal concebido, y aun peor ejecutado. Estos tienen mas alma que pasion; entienden el sacrificio de Jesucristo por sus entrañas, y hacen solo débiles esfuerzos para sujetar sus sentidos á la ley de la inmolation. Aquellos tienen en su interior el vicio devorándolos como fuego, y la fe misma, la fe mas

sincera y mas generosa, al paso que los da la ciencia de la pureza, les deja el horror de terribles combates.

Yo podría continuar esta oposiciones, señores, pero su número no os haria aprender nada que no sepais. Es manifiesto que el cuerpo, segun su temperatura orgánica, altera mas ó menos las facultades del alma, y que el alma y el cuerpo juntos, segun la perfeccion de la personalidad que constituyen, oponen á la accion divina una resistencia mas ó ménos fácil de superar. La misma gracia puede pues, cayendo en dos vasos diversamente preparados, producir en ellos resultados desiguales, y en este caso la desigualdad no viene de Dios, sino del hombre.

No obstante, libráos de creer que esta sea una regla general. Como no hay proporcion entre la naturaleza y la gracia, sucede que un hombre de bien segun el mundo sufre respecto del cristianismo singulares extravíos, y que un malvado ó una mujer perdida se sienten arrastrados hácia él hasta hacerse santos. Dios se complace en confundir con estos ejemplos todo el arte del razonamiento en su aplicacion á las preferencias divinas, y en probarnos que la eleccion de arriba no depende de motivos que estén siempre á nuestro alcance.

Sin embargo, señores, en muchos casos, pueden explicarse estas aparentes anomalías en la distribucion de las gracias. Porque, aunque nadie tenga un derecho nativo á una parte mayor de la herencia divina, y aunque las mas felices disposiciones naturales no impliquen necesariamente una correspondencia simpática con los movimientos del orden sobrenatural, sin embargo, la Escritura demuestra que ciertas situaciones del hombre, y ciertos afectos del alma tocan el corazon de Dios, que les ha distribuido gratuitamente auxilios mas extensos. Así, Jesucristo decia, viendo la incredulidad de los fariseos y la fed el pueblo en su palabra: *Yo os doy gracias, ó Padre mio, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas á los sabios, y haberlas revelado á los pequeños* (1). Los pequeños, los pobres, los simples, los ignorantes, como se vé por la Escritura, tienen mayor parte en el misterio de Jesucristo, no solo porque han recibido menos de lo terrestre, sino por que sobre todo no contraponen á la verdad la conjuracion del orgullo y la idolatría de la razon. Ellos saben lo poco que valen y lo mucho que ignoran; su inclinacion es dejarse llevar de la virtud que les hace tanto bien, y si á veces se apartan del sendero en que Dios los ilumina, es solo efecto de una depravacion

(1) San Mateo, cap. 2, vers. 25.